

POR RUBÉN HERRERO DE CASTRO

7 DE JULIO DE 2005

20 años después: el terror nunca descansa



Se cumplen veinte años de los terribles atentados que sacudieron la ciudad de Londres un 7 de julio del año 2005. Entonces, cuatro terroristas suicidas afiliados a Al Qaeda, detonaban tres mochilas bomba en tres vagones de metro y una cuarta en un autobús turístico de dos pisos.

La amenaza fantasma de Al Qaeda, que se venía gestando desde el fin de la Guerra fría en Afganistán, cuando Estados Unidos dejó aquel país a su suerte, en lugar de apoyar de forma decidida a Ahmad Shah Masud, un legendario combatiente afgano contra los soviéticos y después contra los talibanes, cuando lideró la Alianza del Norte que sigue vigente hoy en día. Este líder afgano, sería asesinado un 9 de septiembre de 2001, dos días antes del atentado que lo cambió todo en nuestra Historia moderna. Fue también un factor decisivo para el crecimiento de Al Qaeda la desatención de la Administración Clinton a este fenómeno. Sólo al final de su mandato en 1999, se cursó la orden de asesinar a Bin Laden, pero ya era tarde. Al Qaeda se había desplegado por el tercer mundo e infiltrado en las sociedades del primer mundo, gracias a fracasadas políticas de integración, radicalizando a inmigrantes o a los hijos de estos.

Después del 11 de septiembre de 2001, mientras el mundo civilizado se recuperaba del shock y los Estados Unidos implementaban la guerra contra el terror diseñada por la Administración de George W. Bush, Al Qaeda golpeaba a los aliados occidentales de los estadounidenses. Lo hicieron el fatídico 11 de marzo de 2004 en Madrid y el 7 de julio de 2005 en Londres. Ambos atentados bastante similares, perpetrados por terroristas suicidas. En el caso de Londres, causaron 52 víctimas mortales y cientos de heridos. Los cuatro terroristas suicidas, eran residentes de la ciudad inglesa de Leeds, tres de ellos descendientes de pakistaníes y otro un inmigrante jamaicano. De forma siniestra sus puntos de atentado dibujaban una cruz, señal inequívoca de su fanática guerra religiosa contra la tradición cristiana de Europa.

La oleada de atentados de Al Qaeda ponía sobre la mesa una nueva generación de terroristas islámicos, radicalizados al amparo de conceptos erróneos afincados en las sociedades desarrolladas, tales como integración, empatía e inclusividad. Esta nueva hornada de terroristas no levanta sospechas, su radicalización puede tener lugar a través de internet y/o en determinadas mezquitas, ignoradas por razones políticas por los cuerpos de seguridad. Y actúan como células independientes que no deben recibir órdenes expresas de un líder radicado en un paraje remoto. Esto significa que no dependen de comunicaciones que puedan ser interceptadas y su asimilación con el entorno les permite pasar desapercibidos hasta la ejecución del atentado. En la medida en que atentados semejantes a los de Londres en 2005 se tornan más complicados por la planificación y coordinación necesarias, estas células se separan, dando lugar al fenómeno terrorista habitual en nuestros días de los lobos solitarios, donde basta un cuchillo, un arma automática o un vehículo para causar inmenso daño. Asistimos a una lista interminable en nuestros días de atentados semejante en todas partes de Europa. Y contemplamos estupefactos como nuestras tradiciones y ciudades se desvanecen sumidas en vertederos multiculturales, focos auténticos de radicalización e imposición cultural y religiosa.

Lejos de haber tomado nota de las causas profundas que desembocan en estos atentados, las autoridades europeas, y buena parte hasta la fecha de autoridades nacionales del Viejo Continente, insisten en suicidas políticas migratorias y de integración y de forma inexplicable, se apoya y/o financia actores terroristas como Al Fatah, Hamás o los *ayatollahs* iraníes. La permisividad irreflexiva en relación con el islam que atenta contra nuestra herencia cultural cristiana europea, alentando los usos y costumbres de la religión islámica, nos hace una sociedad débil, proclive a la generación de terror e imposición islamista. Buena parte de los países de Europa, sufren esta realidad.

Si Europa y el mundo civilizado quiere sobrevivir como identidad política y cultural, debe ser implacable contra el terror hasta destruirlo militar y policialmente por completo. Y, por supuesto, han de darse por finalizados de forma drástica cualquier experimento social de inmigración e integración. La identidad debe promoverse desde la natalidad, a imagen y semejanza de las políticas de natalidad de Viktor Orban en Hungría, cuyo país ha recuperado índices saludables de natalidad y es el más seguro de Europa para las mujeres, por ejemplo. Sólo cuando sea necesario, debe aplicarse una política

migratoria sensata y ordenada, como es el caso de Hungría y Polonia, donde la inmigración islámica es prácticamente inexistente. Y claro, nunca dejar solos a nuestros aliados en nuestra forma de vida, como Israel, en la lucha contra el terror, pues si el terror gana en aquellas latitudes, continuará una marcha triunfal por toda Europa. Por fortuna, las sociedades europeas están despertando de la pesadilla *woke* y otorgan de forma creciente su confianza a fuerzas patrióticas e identitarias, que tienen muy claro el origen del terror y que éste nunca descansa.